

su belleza propia, un elemento que les embelleciese al infinito, el de un recuerdo de dolorosas penas. Los que les nombraban recordaban haberse visto forzados á abandonarles huyendo de alguna invasión de bandas enemigas, de algún diluvio ó de temblores de tierra: veían paraísos en aquellos lugares, sobre todo porque eran perdidos; pero la esperanza se mezcla de diversos modos á las amarguras del pasado, y en todos tiempos hubo también paraísos del deseo, «tierras de promisión». Los antepasados habían sido dichosos, ¿por qué no habrían de serlo igualmente sus descendientes? Allá arriba, sobre las montañas blancas ó vaporosas; ó más lejos aún, al otro lado del horizonte, hacia aquellas misteriosas regiones donde sale el sol; ó en dirección de aquellos otros lugares donde el astro se ponía en la púrpura de las nubes; ó quizá en los espacios desconocidos adonde se dirigían las aves en sus largas emigraciones, ¿no encontraría acaso la humanidad el país de sus ensueños, el lugar sagrado donde no habría de sufrir hambre ni sed, cansancio, servidumbre ni muerte?

Cada raza, cada pueblo, cada tribu tuvo también sus paraísos, y la historia geográfica nos los muestra á centenares, brillando como



ADÁN Y EVA

De un bajo-relieve recogido por G. Smith y reproducido por Delitzsch.

clavos de oro sobre la circunferencia del planeta, desde las montañas del Nippon hasta la ciudad de los Césares, en los valles de la Patagonia septentrional. Hasta puede preguntarse si entre las grandes cimas de penoso acceso se hallará una sola que no haya sido considerada como un «paraíso», como un «Olimpo», por los pueblos que las contemplaban desde su base. Los «Montes Celestes» ó Thian-Chan, al este del Irán, toman su nombre de la suposición ó de la creencia que en ellos existe un mundo superior, y ¡cuántos otros macizos ó picos aislados deben nombres análogos á un sentimiento de la misma índole! Tal es el Mustagh-ata, aquel grandioso monte de 7500 metros de altura que Sven-Hedin trató en vano de escalar por cuatro veces hasta la cima: dícese que allá arriba existe un valle delicioso, donde serpentea un río bajo árboles frondosos, que

llena un lago cuyas aguas jamás agitan las tempestades; blancos camellos pacen el espeso césped, y bellos ancianos de lengua barba vestidos de blanco conversan á la sombra de frutales cargados de frutas. Desde hace miles de siglos, una ciudad, Janaidar, habitada por

N.º 84. Algunas montañas sagradas y valles paradisiacos en la Eurasia.



1: 100 000 000

0 1000 3000 6000 Kil.

- | | |
|----------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------|
| 1. Atlas y Hespérides de Mauritania. | 14. Hermón, monte sagrado. |
| 2. Hespérides del Betis. | 15. Horeb, » » |
| 3. Canigó; pico de Brigue, montes sagrados. | 16. Sinaí, » » |
| 4. Paradiso, monte sagrado. | 17. Amenti, (mansión de los muertos) y Hespérides de Cirenaica. |
| 5. Mont Rose, valle paradisiaco. | 18. Kazbeck, monte sagrado. |
| 6. Sierck, colina del Arca. | 19. Ararat, » » |
| 7. Brocken, monte del Arca. | 20. Savalan, » » |
| 8. Olimpo de Tesalia, mansión de los dioses. | 21. Sehend, » » |
| 9. Athos, monte sagrado. | 22. Elvend, » » |
| 10. Ida, » » | 23. Demavend, » » |
| 11. Olimpo de Bitinia, monte sagrado. | 24. Baja Caldea, paraíso terrenal. |
| 12. Argeo, monte sagrado. | 25. Valle paradisiaco de Khorassan. |
| 13. Siria baja, valle paradisiaco. | 26. Tagharma ó Mustagh-ata. |
| | 27. Sulaiman-dagh, montes sagrados. |

inmortales, siempre dichosos y sonrientes, refleja sus edificios en el agua pura. Una leyenda casi idéntica se cuenta en el Valais sobre el valle perdido que algunos buscan todavía en el macizo del monte Rose¹.

¹ Javelle, *Souvenirs d'un Alpiniste*.

Colocados en el Irán ó en la Armenia por los habitantes de la Mesopotamia, los paraísos se localizaron pronto en la cuenca del Eufrates por los Semitas occidentales, y uno de esos jardines de la llanura fué el que, debido á los libros sagrados de los Judíos, dejó su ilusión más largamente continuada por la imaginación de los hombres. ¿Dónde se encontraba exactamente esta admirable campiña que tan bella ha quedado en el recuerdo de los Hebreos, que hicieron de ella el lugar de nacimiento de su primer padre, el jardín de inocencia donde era desconocido el pecado? No es posible identificar el lugar de aquel edén mítico de Caldea, porque las castas sacerdotales de las diversas ciudades rivalizaban en pretensiones, y ciertamente, según la emigración de los cultos, la construcción y la destrucción de las ciudades, se designó el emplazamiento del lugar sagrado en los diferentes sitios. Babilonia fué uno de los puntos de elección. El antiguo nombre de la ciudad es Tin-tir-ki, lo que incontestablemente quiere decir «el lugar del árbol de la vida», el árbol que ocupaba el centro del paraíso terrenal; además, una de las denominaciones de la misma Babilonia es la de Gan-Dunyach ó Kar-Dunyach, es decir, el «Parque» ó residencia del Dios Dunyach, personaje que ha quedado en la obscuridad de un mito no explicado todavía. Por otra parte, las leyendas designan expresamente como el verdadero jardín de Edén el confluente de los ríos sagrados el Tigris y el Eufrates¹. Un grupo de palmeras existente en la punta de Korna, sobre el encuentro de las dos corrientes, señala, según los ribereños, el sitio mismo donde se elevaba el árbol del fruto temible que nos dió el conocimiento del bien y del mal. Las ruinas de Eridu, la «ciudad del buen Dios», quizá la ciudad más antigua de Caldea, se extienden por las inmediaciones de la confluencia, sobre la orilla izquierda del Eufrates. Según la leyenda de los Musulmanes, probablemente legada por los Israelitas, el cuerpo de Adán, el antepasado universal, nacido de la tierra roja, es decir, del limo del Eufrates, reposa en las ruinas de Kufa, al sud de Babilonia, no lejos de las puertas del antiguo «jardín de la voluptuosidad» de donde le había desterrado la espada del querubín.

Así como el mito del paraíso terrenal descendió originariamente

¹ Henri Rawlinson, Schrader, Lenormant, etc.

de las altas montañas de Oriente hacia las llanuras de Caldea, del mismo modo continuó su marcha, de campiña en campiña, hacia Occidente con los pueblos y sus cultos. Así se imaginó otro Edén ó paraíso entre el Líbano y el Anti-Líbano, en un valle que, según Ptolomeo, era una mansión de «felicidades». Y más lejos hacia el Oeste, en el mundo helénico ó más allá todavía, ¿qué fueron los diversos jardines de las Hespérides, el de la Cirenaica, los de la Mauritania, del Betis y de las islas Afortunadas, sino otros paraísos, lugares de esperanza que reemplazaban á los países del dolor? Después, en aquella maravillosa época en que se vió surgir el Nuevo Mundo sobre la otra orilla del Atlántico, ¿no declaró el mismo Colón que el gran río cuyas aguas se vierten en el golfo Triste desciende del Paraíso terrenal, y no buscó ese paraíso bajo mil formas en mil sitios para ver si en él encontraba, sea la fuente de Juvencia, sea los incomparables tesoros del Eldorado, «el Hombre dorado?» Aun se buscaría ese paraíso si la geografía no hubiese al fin formado el inventario del planeta y reconocido la unidad de las leyes en todos sus fenómenos.

De las múltiples suposiciones relativas al paraíso, la más extraña quizá es la de Gordon, el vencedor de Tai-Ping y el héroe de Khar-tum. Este soldado fanático nos describe la isla de Praslin, en las Seyquelles, como habiendo sido el Edén bíblico. Es cierto que no corren alrededor del jardín insular los «cuatro ríos» de que habla la antigua escritura, pero no importa, corrieron antiguamente: la isla estaba unida al continente. El Tigris y el Eufrates, que recorren el espacio convertido en nuestros días en el golfo Pérsico y el mar de Oman, desaguaban en el Océano próximo, en tanto que el Nilo y el Gihon, el torrente actual de Jerusalén, se reunían en el valle que llena en nuestros días el mar Rojo, y, rodeando Socotora, iban á juntarse con los dos ríos de Caldea. Todas las otras partes del texto se explicaban por Gordon de una manera análoga: el árbol de vida sería el árbol del pan, el maravilloso nutricio de los insulares, y habría de verse el árbol de la ciencia del bien y del mal en el famoso cocotero de mar ó *Lodoicea Secheyllarum*¹. Un escritor de más amplias miras en su vista del conjunto geográfico, no va á buscar el jardín de

¹ J. v. Zaffauk von Orion, *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft, in Wien*, número 5, 1900.

vida en un estrecho cercado, en un islote de los mares, y se pregunta si no ha de identificarse ese lugar paradisiaco con el mundo conocido que regaban los cuatro grandes ríos: el Tigris, el Eufrates, el Indus y el Nilo. Las leyendas, que confunden fácilmente el cielo, la tierra y el infierno, no se cuidan ni remotamente de la precisión de los detalles. Los cuatro poderosos cursos de agua eran probablemente los que más habían fijado la imaginación de los hombres: era, pues, muy fácil que se les asociase en un mismo cuadro¹.

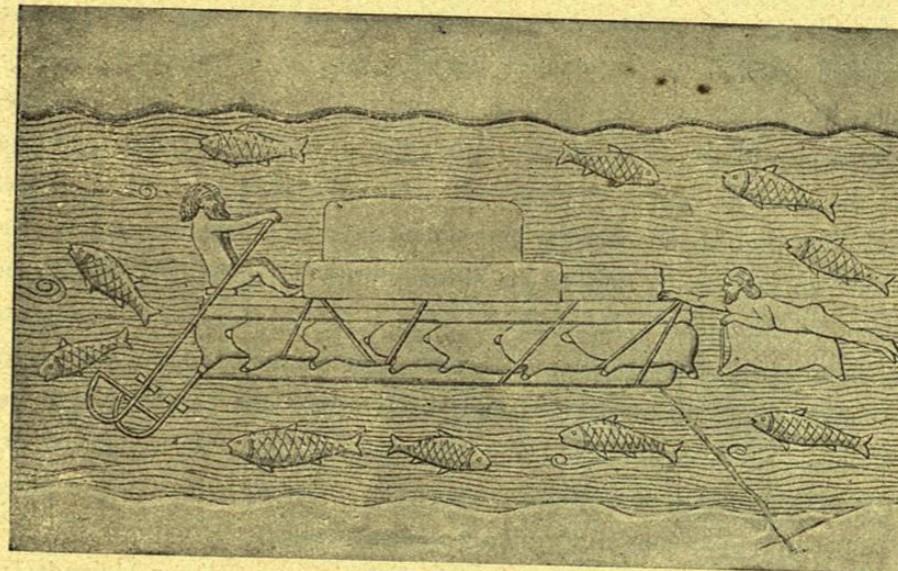


INFLANDO LOS ODRES De un bajo-relieve de Khorsabad

La existencia de las grandes corrientes fluviales, que modificó tan poderosamente la idea primera del paraíso — imaginado en primer término como una montaña del Septentrión, — debió obrar con la misma eficacia sobre el conjunto de las costumbres y de las ideas generales. Así la labor en las tierras grasas, formadas de aluviones fluviales, tomó un carácter muy diferente del de la agricultura en los valles del contorno iránico: en las tierras bajas, en los límites del desierto y, no obstante, en pleno suelo fangoso, «con la cabeza en el fuego y los pies en el agua», fué como los agricultores potámicos

¹ Alfred Loisy, *Les Mythes babyloniens*.

aprendieron á cultivar la palmera, planta que ha llegado á ser esencialmente humana, puesto que ya no tiene existencia espontánea: pura obra del hombre, de la cual éste hizo un dios¹. Del mismo modo el arte de la navegación debió nacer á la orilla de los grandes cursos de agua de la llanura, cuando sobre las altas tierras de la Irania los pueblos primitivos no habían tenido ocasión alguna de aprender esta industria. Los arroyos y los ríos de la meseta son hilos de agua sin profundidad, prontamente absorbidos por la arena del desierto ó la



ALMADÍA CON ODRES INFLADOS De un bajo-relieve de Khorsabad.

sequedad del viento; los lagos escasos, llenos de bancos y pantanos, que ofrecían vados á jinetes y peatones, no podían tampoco dar nacimiento á la profesión de los bateleros en aquellas épocas lejanas. En el Tigris y en el Eufrates, por el contrario, los ribereños tuvieron todo género de facilidades para hacerse hábiles navegantes. Aun en los sitios donde los dos ríos se deslizaban en sus desfiladeros con una corriente muy rápida, veíanse troncos de árboles que descendían al nivel del agua, y no faltaba más que juntarlos formando almadías para tener vehículos al servicio de las personas y de los productos.

¹ De Sarzec. — Rivières, *Bulletin de la Société de Géographie de Argel*, 2.º trim., 1903.

Más abajo, en la región de los bosques, los pueblos de las orillas aumentaron la facilidad del flote de esas almadías sosteniéndolas con los pellejos de sus animales convertidos en odres.

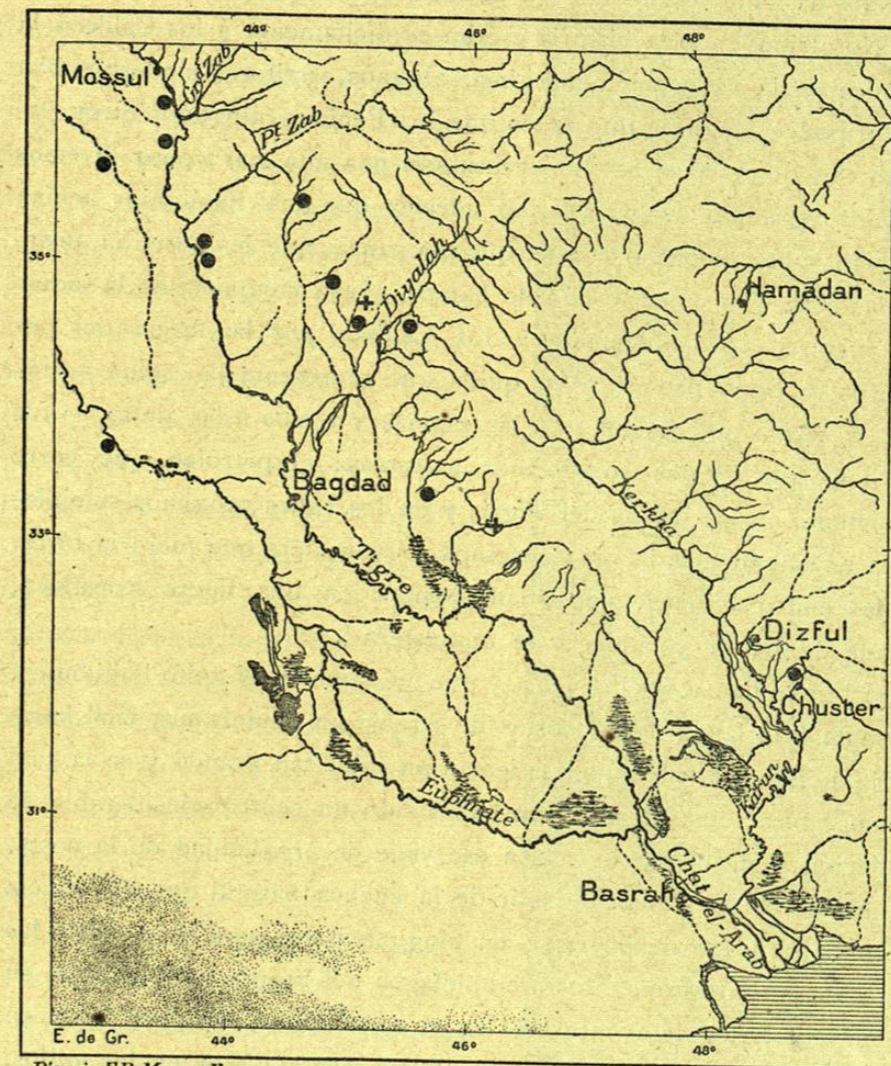
Este último medio, empleado por los ribereños de los grandes ríos de Asiria y de Caldea para atravesar las corrientes, nos prueba que, aun en la misma época en que el Tigris y el Eufrates estaban bordeados de una zona de cultivo, había poblaciones de pastores que vivían en la inmediata vecindad de las aguas; el uso de los odres nació naturalmente en el país de las estepas, donde escasean los árboles y las plantas de crecimiento espontáneo no tienen frutos que puedan servir de recipientes ni existen bejucos que se entretejan formando canastillos. En esas regiones se aprendió a reemplazar los vasos naturales por pieles de animales degollados, a emplearlas para todas las necesidades domésticas y a utilizarlas también para la travesía de los ríos. La piel de un carnero bien inflada de aire bastaba para transportar un hombre, y aun en los sitios en que el Tigris tiene más de un kilómetro de ancho y la corriente tiene gran violencia, el ribereño no vacila en arriesgarse solo sobre un odre para atravesar el río, sujetando su embarcación con los dos brazos y dirigiéndose con el movimiento de los pies. Ejércitos enteros atravesaron así los cursos de agua, no sólo en la Mesopotamia, sino también en otras comarcas habitadas por pueblos pastores que habían aprendido espontáneamente ó habían sido enseñados por extranjeros á servirse de los mismos medios: Alejandro y los Macedonios, que vieron atravesar el Tigris á los habitantes de Mesopotamia, pasaron el Oxus por el mismo procedimiento, como lo habían hecho antes que ellos y lo hicieron después muchos conquistadores.

Ese modo de navegación todavía se usa en todo país civilizado, principalmente en los puertos de Holanda, donde se emplean flotadores, es decir, cajas de aire, que se amarran al costado de los buques cargados y se levantan sobre su línea normal de flotación. Los trenes de madera, que descienden hacia París de los ríos altos del Morvan, se sostienen por flotadores de la misma especie; la madera de encina recién cortada, que tiene un peso específico superior al del agua, necesita, para mantener la balsa en la superficie de la corriente, que se sujeten en sus contornos cierto número de barricas vacías herméticamente cerradas¹.

¹ Olivier Beauregard, *En Asie, Kachmir et Tibet*, p. 7.

Llegados á las ciudades de la parte inferior de la corriente, donde la carga se vendía con beneficio, los bateleros de la Mesopotamia se

N.º 85. Manantiales de petróleo en Caldea.
(Véase pág. 482)



desembarazaban también de todas las partes de sus embarcaciones: los odres podían emplearse como recipientes de líquidos, ó como sostenes